

La posverdad y su manejo o impacto en la realidad nacional

MARCEL SALLES MORA*

*El mal no es nunca “radical”, solo es extremo...
Puede crecer desmesuradamente y reducir todo el mundo
a escombros precisamente porque se extiende
como un hongo por la superficie. Es un “desafío
al pensamiento”, como dije, porque el pensamiento
trata de alcanzar una cierta profundidad, ir a las raíces
y, en el momento mismo en que se ocupa del mal,
se siente decepcionado porque no encuentra nada.
Eso es la “banalidad”. Solo el bien tiene profundidad
y puede ser radical.¹*

No cabe duda de que vivimos en una época que presenta una singularidad social muy específica. En los tiempos que corren, el tema de la *posverdad* ha generado tanto nuevas comprensiones en torno a la naturaleza social del conocimiento como grandes desconciertos. Es por ello que abordamos aquí el tema a modo de reflexión en torno

* Es licenciado en Ingeniería Biomédica por la Universidad Iberoamericana plantel Santa Fe y doctor en Filosofía de la Educación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). En la Ibero Santa Fe fue jefe de los Laboratorios de Ingeniería Biomédica y luego se enfocó en la docencia. Actualmente, es profesor en el Departamento de Formación Humana del ITESO. Correo electrónico: msalles@iteso.mx

1. Arendt, Hannah. “Eichmann en Jerusalén” (24 de julio de 1963, carta a Gershom Scholem), en *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*, Paidós, Barcelona, 2005, p.150.

a lo que hasta hoy creemos comprender de un fenómeno que rebasa todas las fronteras disciplinares para convertirse en un eje problemático, realmente trasversal a la condición humana actual y que al mismo tiempo nos pone en la puerta de un cambio en el modo con el que interactuamos entre nosotros y construimos nuestra vivencia personal y social. Hagamos una exploración tanto de las condiciones que nos han llevado a acuñar el término, como a la posibilidad de señalar algunas consecuencias que se han manifestado ya, tanto en el terreno social como en el manejo de los conocimientos que poseemos.

Si bien el concepto de posverdad salta al escenario en 2016 a través del diccionario Oxford, que la define como algo “relativo o referido a circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la opinión pública que las emociones y las creencias personales” y donde la traducción más directa al español de *post-truth* ha sido *posverdad*; lo cierto es que el fenómeno no es nuevo ni tendría por qué causar tanto revuelo el añadir una nueva definición al bagaje general de conocimientos. Sin embargo, la repentina relevancia que adquiere el concepto se debe a que surge en un contexto social tal, que parece reunir las condiciones perfectas para que el alcance de su significado haya impactado, tan notablemente, a todas las esferas sociales, además de poner de relieve la necesidad de revisar ámbitos que por lo común no son puestos a revisión desde perspectivas personales y sociales como son la ética y la moral. Cabe entonces preguntarnos por las condiciones que han hecho que un solo concepto genere tantas preguntas e inquietudes como para ver la necesidad de replantear el orden social, sus instituciones y el entendido que tenemos sobre nosotros mismos en cuanto seres humanos.

Tres factores parecen aglutinar las condiciones que propician la enorme reverberación social que ha generado el concepto de posverdad. Factores que no provienen de algún ámbito del conocimiento particular ni de alguna disciplina específica sino de la colisión de coincidencias en todo el espectro del saber humano y, donde quizá, justamente por esta gran amplitud, es que resulte tan escabroso des-

enmarañar su complejidad y acercarnos a la profundidad de sus raíces. Exploremos a continuación estos tres factores.

El primero de ellos proviene de un escenario común en México y que parece vivirse de modo generalizado en toda la cultura occidental, por lo que puede plantearse como contexto al concepto de posverdad. Me refiero al *colapso de la confianza en las instituciones*.

Las instituciones democráticas han sufrido un desgaste que parece haber trasladado el uso político de la propaganda, tan común en cualquier sistema, a un nivel diferente que puede con certeza expresarse como el esfuerzo por alcanzar la *normalización de la mentira* y el uso del engaño como recurso de modo abierto. Esta apertura en torno al engaño como recurso en la política es uno de los detonadores que ha impulsado tantos movimientos de activismo en torno al deseo de transparentar el manejo de información por parte de los gobiernos. Y si bien tiene muchos méritos esta búsqueda de transparencia, porque promueve el fortalecimiento de las instituciones democráticas, también es cierto que soslaya un hecho básico comprobable a lo largo de la historia humana y que tiene que ver con el hecho de que reducir la cantidad de información oculta o secreta no provoca necesariamente la condición de una ciudadanía informada. Esto es, se trata de dos fenómenos separados y aunque haya alguna correlación entre ellos, no implica que la transparencia gubernamental sea causal de una ciudadanía informada. No, el problema serio que detona la normalización de la mentira se encuentra menos en los signos de desgaste institucionales y más dentro de la naturaleza humana: la pérdida de confianza. Al sufrir, la ciudadanía, la pérdida de la confianza en sus instituciones, se socava el respeto a las autoridades y se mina su credibilidad. Una circunstancia así trastoca el orden moral y deja a la población en situación de vulnerabilidad por la pérdida del sistema de referencia moral colectivo. Esto, afecta por igual a todo tipo de autoridad moral incluyendo a las que tradicionalmente estructuran nuestros sistemas de validación de la verdad, y me refiero con ello a los científicos y sus agrupaciones, las universidades, los expertos, etcétera. Al perderse las voces de

autoridad reconocidas en torno a la verdad, por la desconfianza social en las estructuras que sostienen dicha autoridad, la verdad queda en flotación y cae con facilidad en el relativismo, quedando así en un estado de indigencia.

Si a esto le aunamos la muy prolija intervención de los actuales medios de comunicación, como gestores de la información, podemos afirmar que, literalmente, nos encontramos inundados de información. Es claro que, dada la complejidad del mundo, la sobreabundancia de información ha tenido más bien efectos contraproducentes al presentarnos información cuyos contenidos pueden ser no solo opuestos sino hasta contradictorios, y aunque los medios informativos sean capaces de generar la ilusión de saber, pueden también provocar que las personas reúnan una gran cantidad de información y estar, no obstante, desinformadas por no encontrar modos de articularla o comprender cabalmente sus muchas aristas.

La información, por sí misma, puede no convertirse en conocimiento aunque lo represente, y es aquí donde se torna problemático. Para que la información se convierta en conocimiento, ha de ser procesada por quien pretende elaborar algo de ella. Este proceso de interiorización de la información no es otra cosa más que darle significado y sentido; esto es, integrarla de algún modo como parte de nuestra experiencia vital y convertirla en recurso, en mirada, en operación metodológica, etcétera. Con ello, podemos decir que nos hemos apropiado de un conocimiento. Pero hemos puesto a nuestro alcance, a través de los medios, una cantidad abrumadora de información y esto nos ha resultado problemático. Cobra sentido el término acuñado por Daniel Innerarity para ilustrar esta sensación de sentir que nuestra capacidad de procesamiento ha sido sobrepasada por la abundancia de información y que eso nos pone en riesgo de perder la capacidad para procesar cabalmente toda la información que recibimos para quedar, literalmente, *infoxicados*, intoxicados por la información. La verdad, bajo esta condición, se nos hace aún más escurridiza y propicia abrir la puerta de la posverdad en ausencia de autoridades socialmente re-

conocidas que ordenen y asignen valor a toda esa información. Por si lo anterior fuera poco, con la inundación de información estrenamos un nuevo y poderoso adversario de la verdad que parece, y esto es lo sorprendente, ser ampliamente respaldado por el grueso de la sociedad dada su desconfianza en las estructuras de autoridad en relación con la verdad. Esto, facilita caer en una suerte de *ignorancia erudita*, que sería la apariencia, o peor aún, el autoengaño de creer saber algo por el hecho de poseer información relativa a ese algo y ser capaces además de esgrimir un par de argumentos convincentes aunque no necesariamente verdaderos. Esta celebración social de la ignorancia erudita cambia el terreno de la confianza en torno al manejo de lo que consideramos verdadero.

En síntesis, la referencia al fenómeno del colapso de la confianza en las instituciones trae consigo la facilidad de socializar la posverdad que, bajo el cobijo de la desconfianza colectiva en las estructuras institucionales, se masifica y se normaliza sin ser cuestionada.

El segundo factor que favorece la adopción de la posverdad es el inaudito *establecimiento de élites anti-intelectuales*. Actualmente es común observar una notable tendencia en la proliferación de retóricas anti-intelectuales que derivan en el rechazo abierto al pensamiento crítico y que, por lo mismo, son rabiosamente anti-hechos. El eje que articula la condición anti-intelectual es la aceptación de un poderoso marcaje sentimental y emocional como vía de validación o invalidación de las propuestas de verdad. Ahora bien, esto resulta contrastante con el devenir tradicional de la construcción y validación del conocimiento y lo que entendemos por verdad. Esto, porque hemos de aceptar que somos herederos de la tradición ilustrada donde la afirmación en torno a la veracidad de un hecho se basa en la aplicación de métodos críticos y de investigación. Nos ha importado, especialmente, poder referir nuestros discursos de verdad a *hechos*, con lo cual asumimos que la experiencia ganada con el contacto con el mundo es la fuente que nos posibilita hablar de verdades. El discurso de verdad se ha basado en un anclaje que involucra la caracterización de hechos a través de una

doctrina —científica— de la evidencia y métodos para formular con coherencia preguntas y elaborar nuestras respuestas.

Pero algo ha cambiado desde entonces, y me refiero al valor que le asignamos a nuestras fuentes del conocimiento. Aunque la investigación científica continúa su propia ruta para la generación de conocimientos y verdades científicas, el hecho de que la información y su socialización sean alcanzables para cualquier persona vía la Internet ha modificado las preferencias en los caminos de validación del conocimiento y la verdad. Con esto se ha hecho una traslación que resulta relevante, pues se ha cambiado el centro que fundamenta el juicio de verdad, de hechos, como lo hacen las ciencias básicas, a datos, que se asumen verdaderos por el simple hecho de encontrarse en la web. Esto es un cambio importante en torno a la asignación de la autoridad respecto de la verdad.

El cambio en la actitud respecto de la veracidad de la información se puede expresar como una pérdida de distancia entre la información y nuestro pensamiento. La tendencia es tomar la información de la Internet como si fueran hechos y nos ponemos en una ruta en la que asumimos la veracidad de esos datos como si fueran válidos en nuestra propia experiencia, como solemos hacer con los hechos. Bajo esta lógica, nuestras búsquedas en *Google* convierten a este sistema de búsqueda en una suerte de extensión de nuestra memoria personal y cúmulo de experiencias. El conflicto aparece cuando el buscador filtra la información y procesa nuestras exploraciones seleccionando *bajo su propia inteligencia* los conocimientos que concibe deseamos alcanzar. En otras palabras, *piensa por nosotros* respecto de la selección de conocimientos y verdades a mostrar. Lo que ha cambiado aquí, a diferencia de leer un diario, revista o un libro que contiene información que nos parece pertinente, es que cuando leemos un documento hemos sido nosotros quienes lo han buscado y seleccionado de entre muchos otros y que sabemos a la perfección que no pertenece a nuestra propia mente, aunque deseamos inteligir sus contenidos. Pero cuando delegamos al buscador los criterios de búsqueda y dejamos que sea el mismo

sistema quien elija el material dentro del cual nosotros seleccionaremos en segunda instancia, depositamos en el sistema una confianza similar a la que tenemos con nuestra propia memoria y sistema de inteligencia. Hemos contribuido, con este movimiento actitudinal, a crear una élite que organiza el conocimiento y selecciona bajo sus propios algoritmos. Delegar el juicio sobre la búsqueda de conocimiento y elegir asignar veracidad a lo que existe en la Internet sin un previo ejercicio crítico presenta un problema; se corre el riesgo de volvernos incapaces para saber la verdad sobre un hecho. La consecuencia es que nos volvemos presa fácil de la posverdad, que surge aquí dada nuestra muy natural tendencia para hacer tribu, puesto que fraccionamos el territorio de la Internet en comunidades cibernéticas que giran alrededor de nuestras convicciones como fuerza gravitacional. Como individuos buscamos lo que resulte afín a nuestro modo de pensar, y por ello buscamos generar pertenencia a grupos de personas que sean “como nosotros” y participar así en ámbitos que nos resulten cercanos; creamos, con ello, burbujas de información que tienen como consecuencia el terminar por convertirse en una suerte de paradigma del conocimiento, con su propio marco teórico, convicciones y modos de relación. Con el trampolín de las redes sociales, el territorio de la posverdad se puebla rápidamente de política ficción, salud ficción, educación ficción, espiritualidad y religión, educación ficción, y tantos rubros como podamos imaginar.

El impacto de las comunidades cibernéticas ha resultado ser grande, puesto que sus “contribuciones” se multiplican a la velocidad del rayo con la entusiasta ayuda de la gente por vía de las herramientas de las redes sociales. Esto pone de relieve dos cosas, por un lado el enorme atractivo de la información ficción, que nos genera la ilusión de saber de modo fácil. Por otro lado, se devela la dificultad para abrazar el esfuerzo crítico por parte de muchas personas, así como la necesidad afectiva —reconocimiento y aceptación— de formar parte de las comunidades. Como consecuencia de la rapidísima propagación de la *información ficción* y su creciente proliferación, aunado al rechazo

a realizar un esfuerzo crítico por parte de grandes sectores de la sociedad, el “peso” que adquiere una comunidad está en sus números de afiliados a la tribu y su activismo para dispersar en la red sus “verdades”. A falta de arbitrio, las tribus compiten por posicionarse como autoridades en torno a la verdad y donde no es la razón el mecanismo de validación sino la seducción afectiva para ganar adeptos, pues en esta suerte de democratización de la verdad los números parecen contar más que los argumentos cabales.

Es en este escenario donde vemos que se conforman con facilidad élites anti-intelectuales que adquieren fuerza y arrastre suficiente como para convencer a grandes sectores de la población y alcanzar una gran influencia en ella.

El tercer factor que facilita condiciones para la adopción de la pos-verdad y rechazar el esfuerzo de la verdad obtenida por la aplicación de métodos rigurosos tiene que ver con el nacimiento de una nueva era social a través de la actual *revolución tecnológica en comunicaciones*.

El enorme poderío tecnológico del cual gozamos en nuestros días, puede ser representado en la incorporación a nuestra vida de dispositivos de comunicación y redes sociales y ha puesto de relieve una condición que, si bien lo sabíamos, ha arrojado consecuencias inesperadas. Hay una tendencia en todos nosotros a privilegiar las historias y los mitos por encima de los hechos, y esto tiene que ver con su apertura para ser vinculados a nuestra vida. El asunto es que los hechos no suelen hablar por sí mismos, mientras que las historias sí porque nos resultan particularmente cercanas a la construcción de sentido. Esto hace que las narrativas y las interpretaciones tomen elementos de nuestro orden moral para enriquecer y significar la información que manejamos, convertirla en conocimiento y apropiárnoslo. Y esto viene a colación por el tema de la adopción de las redes sociales de modo tan entusiasta y masivo por parte de la sociedad. La conectividad que tenemos hoy enlaza no solo información sino que nos ofrece canales de vinculación con otras personas de un modo antes insospechado. “Estar en la red” forma parte de nuestro día a día y,

aunque suena especialmente atractivo para cuestiones laborales, lo es también para asuntos afectivos y personales. Muchos de nosotros seremos, con toda seguridad, la última generación de personas que nacimos y crecimos en un mundo desconectado de la Internet. Somos actualmente, y seremos, para futuras generaciones, el último testimonio vivo del gigantesco bloque histórico de la humanidad pre-Internet.

Un rasgo notable de las generaciones pre-Internet es que podíamos estar ausentes para los demás y, quizá más importante aún, los demás eran por lo general fuertemente ausentes para nosotros salvo en el recuerdo, de modo que teníamos muy claro el grado de influencia que recibíamos y que nuestras acciones estarían sometidas finalmente a nuestro propio juicio y valoración. No es este un asunto menor, pues apunta una especial diferencia que nos separa de las generaciones actuales que han crecido en un mundo donde ya existe la Internet. El grado de influencia externa y su gestión ha cambiado. La claridad en la influencia hacía que nuestra identidad se fuera modelando más por la *motivación interna* que se tuviera y fuera capaz de desarrollar cada uno de nosotros. Nuestros sueños y deseos se veían mediados en menor manera por motivaciones externas a menos que así lo decidiéramos.

La Internet, y particularmente las redes sociales, han venido a ser un cambio que altera la noción de individuo en nuestra sociedad, porque representa la irrupción constante de los demás en nosotros mismos. La presencia continua de los otros en nuestra vida vino a romper, junto con el conflicto entre lo público y lo privado, las ausencias de las cuales se gozaba y, con ello, modifica nuestra existencia y noción de nosotros mismos, al ver que el individuo monolítico de antes desaparecía en favor de una suerte de individuo colectivizado.

Esta nueva circunstancia, que nos lleva a construir una vivencia como individuos en constante conexión a través de las redes sociales, modifica el orden moral más por nuestro interés en la conectividad que por las condiciones técnicas propias de la red o por las tecnologías que utilizamos para su acceso. Las redes sociales han puesto de relieve uno de los lados flacos de la sociedad y que tiene que ver con pasar

al frente la fragilidad emocional de los individuos, particularmente los más jóvenes. Esto se puede ver con la incesante búsqueda de pertenencia a las comunidades cibernéticas en busca de reconocimiento, popularidad y, finalmente, identidad. Podemos ver una clara disposición a que su identidad sea conformada desde afuera, a través de motivaciones externas provenientes de las comunidades cibernéticas antes que por un equilibrio entre esas motivaciones externas con sus propias motivaciones internas —cuando no han sido desarrolladas y fortalecidas. De ahí la sorprendente fragilidad emocional de muchos. Esta carencia predispone a la aceptación sin mucho cuestionamiento de las propuestas de “verdad” propias de las tribus cibernéticas a las cuales se pertenezca y, con ello, participar intensamente en la proliferación de los discursos propios de la posverdad.

Hemos puesto sobre la mesa tres factores que contribuyen a dar fuerza al fenómeno de la posverdad, y si bien, las características de esos factores son aparentemente exteriores a la naturaleza de los individuos y pareciera que le son, hasta cierto punto, ajenos, nos percatamos de que esas condiciones se convierten en modificadores de nuestra identidad y de la manera en la que entendemos la construcción personal y social de la verdad. La exploración nos ha llevado a hablar de las implicaciones de vivir en una sociedad donde la pérdida de la confianza tiene implicaciones que estresan tanto al sistema político como a las autoridades que “establecen” la verdad en términos de paradigma social y genera nuevas tensiones en torno a nuestra relación con la verdad. De igual modo, presenciamos el jaloneo entre élites que se apropian de los discursos de verdad para sus propios fines y que ponen en condición de vulnerabilidad a las personas, especialmente cuando la confusión llega al punto de que muchos puedan desear la comodidad de vivir en una suerte de ignorancia erudita en la que la información se confunde con conocimiento y verdad. Además, nos encontramos inmersos en un cambio de época que parece implicar una alteración del valor y significado del individuo en relación a la sociedad en la vive, y donde la exigencia social parece forzar la apertura del individuo hacia

una colectivización de su persona, en la que los demás están constantemente presentes direccionando, en parte, sus intereses, decisiones, gustos y metas. Así pues, hablar sobre la posverdad no es un asunto trivial y el énfasis que pongamos hoy en torno a reflexionar sobre el concepto y sus repercusiones es relevante puesto que lo que está en juego es la conformación de la identidad de las futuras generaciones y, en el fondo, un planteamiento en torno a las cualidades de la naturaleza humana y los modos en los que asumiremos la construcción moral que regula nuestros modos de relación y devenir.